

LA CURACIÓN CUÁNTICA

Extraído del libro “La curación cuántica” de Deepak Chopra

Hasta los sesenta, ningún fisiólogo se atrevió a dar por válida la vivencia de los *rishis* o a admitir que añadían así una nueva dimensión a la mente humana. Este reconocimiento fue posible en aquellos años por **el éxito creciente de la meditación**, especialmente la Meditación Trascendental, exportada de la India a Estados Unidos en 1959 por su fundador, **Maharishi Mahesh Yogi (*)**. A partir de los años sesenta, la MT vivió un momento de gran éxito popular. En su momento álgido, en **1975, casi medio millón de norteamericanos se iniciaron en la técnica en menos de un año**. La MT tuvo mucho éxito en otras democracias occidentales (y con mayor discreción detrás del Telón de acero).

(*) Porque sigue siendo el método de meditación más fiable de cuantos tenemos a disposición, sólo trataré de la Meditación Trascendental y de sus orígenes védicos. Otras tradiciones de la meditación, el Zen, la meditación tibetana o china, presentan aplicaciones médicas de interés y gran significado espiritual, pero no estoy cualificado para hablar de ello, aunque sin duda se merezcan todo nuestro respeto.

Aunque otros maestros indios hayan viajado por Occidente, **Maharishi fue el primero en salvar barreras culturales a gran escala.** Cuando empezó a impartir sus enseñanzas, la mayor parte de los occidentales no habían oído hablar prácticamente de la palabra «meditación»; muchos desconfiaban de ella. En cierta medida, la confusión nace de la mismísima terminología.

Se suele decir «voy a meditarlo» para dar a entender que se va a **reflexionar sobre un tema determinado**; para algunos, **la meditación es sinónimo de contemplación**, incluso de oración. No es difícil comprender que, para un *rishi*, **la meditación es sencillamente *thyan*** (en sánscrito, «llevar la mente hasta su reposo en silencio del cuarto estado». *Thyan* es el origen de otras palabras parecidas en todo el continente asiático, como el zen japonés). Para que esta distinción quedara clara, **Maharishi añadió el adjetivo trascendental**, insistiendo así en que **la mente puede ir más allá de sus límites habituales**, es decir, trascenderlos **para alcanzar el turiya**.

Es admirable que Maharishi, abandonando los Himalayas donde permaneció durante 14 años, viaje así por la América moderna. Los *ashrams* situados a lo largo del Ganges, en la región más aislada del Utar Kashi, el «Valle de los Santos», ocupan la parte menos civilizada de la India, una región en que incluso los parajes más civilizados no poseen líneas telefónicas de fiar. Viendo una fotografía tomada en 1964, puedo imaginar qué sensación tan curiosa debió de provocar entonces. La foto fue tomada en el lago del Gran Oso, en lo alto de las montañas que dominan Los Ángeles.

Amparados por unos pinos altos, los participantes habían organizado un picnic, sin tener en cuenta que el suelo está a 60 cm debajo de la nieve. La luz alpina era extraordinaria. Doce personas aparecen en la foto. Las once primeras, todas occidentales, llevan abrigos y parkas; la última, **Maharishi, queda algo destacado del grupo**. Está sentado, sonriente, sobre una manta extendida sobre la nieve, **vestido tan sólo con la ropa tradicional de los monjes: es decir, una toga de seda blanca, sandalias y un chal**. Parece pequeño pero fuerte; su larga cabellera y su barba no están cortas ni cuidadas, conforme a la tradición de los monjes.

En aquella época, Maharishi ya había sentido el choque de las dos culturas. En una primera visita a los Estados Unidos, en 1959, un periódico de San Francisco había cualificado la **Meditación Trascendental de «calmante no médico»**, alabando sus propiedades contra el insomnio. Ya que el artículo era el primero en hablar de la llegada de Maharishi, sus huéspedes norteamericanos fueron a contárselo inmediatamente.

Le leyeron el artículo en voz alta esperando su reacción. Maharishi permaneció silencioso y sólo murmuró:

—Cruel.

Sus huéspedes no entendían.

—Estoy por volverme a casa corriendo —dijo Maharishi con un deje de tristeza en la voz. Este país me parece curioso, los valores son distintos. Tardó algún tiempo en tomarse con filosofía el hecho de que los estadounidenses quisieran dormir cuando él pretendía despertarlos.

Hoy, seguimos interrogándonos sobre la reacción inicial de Maharishi, ya que la palabra «meditación» evoca la relajación y sus efectos benéficos entre ellos un sueño más apacible. Los médicos con quienes he tratado de meditación me suelen asegurar, tanto si «creen» como si no creen en sus virtudes, que la meditación sirve para **la relajación**. Tan sólo si miramos esta cuestión a la luz del Veda, entenderemos hasta qué punto **esta apreciación es poco acertada**.

El Veda es una expansión de la mente humana. Para describirlo con acierto puede compararse con lo que podríamos llamar «contenido total del ordenador cósmico». Todos los datos cósmicos han sido introducidos en él, y de él nacen a la vida los fenómenos de la Naturaleza. El control de este ordenador, tiene su sede en el cerebro humano, cuyos miles de millones de conexiones neuronales le proporcionan una complejidad suficiente como para reflejar la ordenación del universo entero. El cerebro no es importante como objeto, según los *rishis*. Es importante porque nuestra subjetividad se refleja en él; cuando nuestro cerebro nos enseña el mundo, en realidad nos está mostrando a nosotros mismos. Por analogía, cuando una imagen se refleja en un espejo, se produce una fusión. El espejo es el reflejo, el reflejo es el espejo. Asimismo, la única realidad que podemos conocer es la que viene reflejada por el cerebro; todo cuanto existe se encuentra por tanto encerrado en nuestra subjetividad.

Un físico rechazaría probablemente esta afirmación, ya que prefiere el método objetivo y considera la subjetividad como un verdadero enemigo. Un físico diría «He aquí un protón», y no «Ésta es la sensación que yo tengo de lo que es un protón». En realidad, el Veda no está desprovisto de saber objetivo; ha dado conocimiento a ciencias como la botánica, la fisiología, la astronomía, la medicina, etc.; pero los *rishis* pensaban que la objetividad no era el mejor camino para conocer las cosas, especialmente cuando tratamos de buscar más allá de la superficie de la Naturaleza. En verdad, según ellos, la subjetividad puede ser tan estrecha como extensa. La naturaleza es como una frecuencia de radio. Cuando ponemos nuestra atención en un solo objeto, una roca, una estrella o una galaxia, estamos seleccionando una emisora de la cinta. Evidentemente, el resto de la cinta debe excluirse; pero únicamente para ese nivel de conciencia.

Tal vez otros niveles de conciencia reciban otras cintas, o varias cintas a la vez. Hoy, los físicos consideran que nuestros sentidos seleccionan menos de una 1/1.000.000.000 de las ondas y partículas de energía que nos rodean. Vivimos en un «magma de energía», increíblemente más extenso que el mundo visible. El universo visible se interpreta como una ínfima parte de la creación original. Es lo que queda de una realidad mucho más amplia, desaparecida en algún lugar, antes de iniciarse el transcurrir del tiempo, reduciendo las diez dimensiones que existían en el punto de partida hasta llegar a las cuatro dimensiones actuales.

(Pido perdón por emplear la expresión «antes de iniciarse el transcurrir del tiempo», ya que constituye una paradoja flagrante, pero no se me ocurre otra manera de describir los acontecimientos que precedieron el Big Bang).

Asimismo, parece ser que en el momento de la creación, nuestro universo estaba lleno de energía, un millar de millones de veces superior a lo que nuestros radiotelescopios pueden observar en la actualidad. La energía restante ha sido absorbida en un campo oculto que contiene también las seis dimensiones que faltan.

Los *rishis* afirmaban que, desde una conciencia expandida, incluso esta realidad perdida e inconcebible está a nuestro alcance. La física teórica admite que las dimensiones perdidas y los campos de energía invisibles no se han volatilizado; sencillamente han regresado a su «estado de sueño» en el campo primigenio.

Asimismo, el nivel trascendental de la conciencia está presente en todas partes; es inútil tomar un camino determinado para ir en su busca. Debe despertarse de una manera u otra. William James se expresó con esta idea en una parrafada célebre:

«Nuestro estado de conciencia habitual, lo que llamamos conciencia racional, sólo es una forma más de conciencia. A su alrededor, separadas únicamente por una pantalla frágil, existen otras formas potenciales de conciencia muy diferentes. Podemos atravesar la vida sin sospechar de su existencia; pero basta con saber estimularlas, y en un instante se presentan ante nosotros en toda su plenitud.»